

PANORAMA MUNDIAL

A PROPOSITO DE LA PELICULA "MUSSOLINI HABLA" EL FASCISMO ITALIANO Y SUS FECHORIAS CONTRA LAS CLASES TRABAJADORAS

En los cines de la ciudad ha venido exhibiéndose la película "Mussolini Habla". Es una cinta cinematográfica filmada con el propósito claro de hacerle propaganda al gobierno fascista italiano y de exaltar la figura de Benito Mussolini, el "Duce".

"Mussolini Habla" no cumple su propósito. No se ve, a través de la hora de exhibición de la película, nada que pruebe la eficacia del actual despotismo italiano. Desfilan vistas de Nápoles, de Venecia, de Florencia; se ven algunos caminos carreteros muy bonitos; se contemplan páramos militares; y dominando el conjunto, la figura del Duce hablando desde la tribuna.

Viendo hablar a Mussolini se adquiere la convicción de que el jefe del Gobierno italiano tiene que clasificarse entre los locos. Decididamente que es digno de la camisa de fuerza. Esas muecas que hace cuando habla, esos ojos que le ballotean en las pausas de su discurso, pertenecen a un paranoico. Esta impresión se afirma al saberse cómo ha sido de frenética la política terrorista de Mussolini, dirigida contra las organizaciones políticas y sindicales de la clase trabajadora.

Mussolini llegó al poder en 1922. Había sido, antes de la guerra, uno de los jefes más radicales del Partido Socialista italiano y el director del periódico de combate "Avanti". Cuando estalló la guerra, Mussolini, desertando de las filas obreras, enemigas de una matanza en que no llevaban sino la seguridad de los sacrificios inútiles, se pasó al campo burgués. El Partido Socialista lo expulsó de sus filas y entonces Mussolini fundó en Milán el periódico "Popolo d'Italia", donde hizo intensa campaña para que Italia ingresara a la matanza al lado de los llamados países de la Entente (Aliados).

Terminada la guerra, la situación de la burguesía italiana fue sumamente crítica. En el reparto de Versalles, solo una parte muy exigua del botín le correspondió a Italia. Los que creyeron que de la guerra iba a salir una Italia con su imperio colonial multiplicado, quedaron defraudados. Por otra parte, las masas trabajadoras, que de la guerra no habían obtenido sino privaciones y muertes, se acercaron con más fervor que nunca a las filas de los partidos marxistas, porque recordaban que ellos habían sido los únicos firmes en la posición de la anti-guerra. En el Parlamento, los diputados obreros ocupaban un tercio de las curules. En las calles, las masas acudían con frecuencia a la acción directa. En 1920, durante varias semanas, las principales fábricas de Turín estuvieron totalmente controladas por los obreros; en las regiones agrarias, los campesinos se apoderaron de las tierras y las comenzaron a explotar en comunas colectivas de tipo revolucionario. El gobierno burgués, presionado por la combatividad de los trabajadores, tuvo que hacer una serie de concesiones avanzadísimas. El gobierno presidido por Francesco Nitti, por ejemplo, introdujo un impuesto sobre la herencia y sobre la fortuna. Su sucesor, el liberal Giolitti, fué aun más adelante. Inició desde el gobierno una acción enérgica contra los enriquecidos en el curso de la guerra. Inició investigaciones sobre las fortunas hechas durante la guerra, propuso una ley confiscatoria de las riquezas obtenidas en esa forma, aumentó el tributo sobre la herencia y a establecido por su antecesor, atacó a la gran propiedad territorial y se declaró partidario de una reforma agraria que satisficiera siquiera parcialmente la necesidad de tierra sentida por millones de campesinos pobres.

Todas estas concesiones hechas por el estado capitalista eran pruebas de que no estaba seguro sobre sus bases. Eran simples maniobras destinadas a contentar a las masas insurrectas. Mas el impulso revolucionario seguía en éstas un desarrollo as-

cedente. La revolución rusa conquistaba las simpatías de todos los trabajadores. El nombre de Lenin andaba de boca en boca. Los sindicatos y los partidos, la masa de los militantes presionada a los jefes para que éstos de una vez planearan la cuestión de la toma del poder.

Los jefes del proletariado italiano se definieron como indignos de la posición que ocupaban, Corrompidos por el más profundo de los oportunismos, prefirieron continuar coqueteando con la burguesía antes que lanzarse decididamente a la conquista del poder. Los elementos más impacientes y más violentos del proletariado fueron desertando de las filas de unos partidos cuyos jefes carecían de energía y de capacidad para encauzar la acción de las masas, y constituyeron los primeros núcleos del partido fascista.

Mussolini, en efecto, que había sido de los primeros en alistarse para la guerra, regresó de ella a iniciar sus actividades para formar un partido de masas. Los obreros disidentes del socialismo por la apatía de sus jefes; los antiguos combatientes desmovilizados y a quienes se echó de los cuarteles a la calle sin un céntimo en los bolsillos; la pequeña burguesía desesperada por su situación de inestabilidad, agravada por el proceso de concentración de la producción que se acentuó en el curso de la guerra, formaron los primeros "fasci di combattimento" (cuadros de lucha) del fascismo. Se llamó fascista al movimiento porque adoptó como símbolo, a más de las camisas negras de sus afiliados, el fasci, o haz de espigas, que utilizaban los lectores, funcionarios de la Roma antigua, como representación de su autoridad.

El fascismo no tuvo en esos comienzos, ni lo ha tenido nunca, un cuerpo de doctrina sirviéndole de espina dorsal. Era y es una mezcla abigarrada de ideas de antigua grandeza (la Italia, heredera de la Roma Imperial y madre de las naciones latinas, etc) y de demagógicas promesas de felicidad inmediata para todos los italianos. Si acaso, dos son las únicas ideas precisables con exactitud en el ideario fascista: 1. El nacionalismo más estúpido, la exaltación llevada hasta el paroxismo de la idea de patria, la proclamación de la guerra contra las naciones vecinas como medio de ensanchar la nacionalidad; y 2. En nombre de este concepto estrecho de la patria, condenación de toda organización proletaria internacionalista, que por encima de los intereses de patria ponga sus intereses de clase.

La burguesía, guiada por su instinto de clase, vio en Mussolini una tabla de salvación. Se dio cuenta de que la grito de los fascistas contra los grandes industriales, contra la alta banca, contra los "tiburones" enriquecidos en los negocios de la guerra, era simple carnaza lanzada a las multitudes ingenuas. La burguesía comenzó a ayudar abiertamente a Mussolini. Con su dinero sostuvo un amplio aparato de propaganda. Una red de publicaciones fascistas fué extendida a toda Italia, con la subvención franca del capitalismo. Mediante esta misma subvención, Mussolini pudo equipar con modernísimas armas a los 10.000 camisas negras con los que hizo la marcha sobre Roma.

Ya instalado en el poder, Mussolini cumplió sus compromisos con el capitalismo. Sólo durante poco tiempo mantuvo la institución democrático-burguesa que es el parlamento; y luego la disolvió, haciendo previamente asesinar al diputado Matteotti, quien estaba sosteniendo desde su escaño de la izquierda campañas acerbas contra el Gobierno. Los partidos y los sindicatos revolucionarios fueron disueltos. Los principales jefes obreros encarcelados o confinados en las Islas Lipari. A los enemigos del régimen, las bandas fascistas le aplicaban

"argumentos" contundentes: apaleadas o purgas por la fuerza con medios litros de aceite de ricino. En poco tiempo, todos los organismos sindicales y políticos obreros estaban viviendo la agitada vida de la persecución. Al mismo tiempo, Mussolini procedía en la forma que va a leerse con sus cómplices del capital: "Sus primeras medidas legislativas fueron mucho más favorables al capitalismo que las de sus antecesores parlamentarios burgueses en el Gobierno. El impuesto sobre la renta y algunos gravámenes sobre el lujo fueron suprimidos; el impuesto sobre los automóviles se moderó y, en cambio, la contribución sobre la renta se extendió a los obreros y a los pequeños arrendatarios y campesinos. Los ferrocarriles del Estado y los servicios de correos habían de pasar a la economía privada, y las explotaciones económicas indigentes, sobre todo la industria pesada y las sociedades navieras, recibieron espléndidas subvenciones. Sólo una vez, en la primavera de 1925, se atrevió Mussolini a proceder contra un gran núcleo capitalista, contra la Bolsa de Milán, para contener la especulación y oponerse a la baja todavía más pronunciada de la lira. Pero una huelga de protesta de los concurrentes a la Bolsa y unas cuantas advertencias de los bancos y de los círculos industriales afectos a Roma bastaron para que el Ministro de Hacienda de Mussolini, Stefani, revisase a toda prisa sus enérgicas medidas bursátiles." (Página 258 de la obra "El dinero en la política", de Lewinsohn). Esta "tolerancia" del gobierno fascista con la alta banca llega en ocasiones hasta hechos como éste: en 1931, el Banco Emisor Italiano, controlado por el Estado, subvencionó al Banco Comercial, institución privada, con 1.000 millones de liras. Cubiertos con ellos su déficit, pudo el Banco repartir ese año 62 millones de liras entre sus accionistas. A cambio de ese apoyo abierto, el capitalismo italiano se ha entregado gozosamente en brazos del Duce.

El gobierno fascista ha prohibido las huelgas. Toda clase de organización sindical que quiera permanecer al margen de los sindicatos fascistas, es disuelto y sus jefes condenados a largos años de presidio. Los trabajadores no tienen derecho a expresar libremente sus ideas en la tribuna o desde el periódico. La literatura marxista es perseguida implacablemente y a quien se le encuentre un panfleto comunista se le condena de 2 a 5 años de cárcel. Los salarios han descendido a límites inconcebibles y el paro, según datos publicados por las propias oficinas estadísticas del fascismo, ha seguido la siguiente curva ascendente: Diciembre de 1929, CUATROCIENTOS NUEVE MIL DESOCUPADOS; Diciembre de 1930, SEISCIENTOS CUARENTA Y DOS MIL DESOCUPADOS; Enero de 1931, QUINIENTOS SESENTA Y SEIS MIL DESOCUPADOS; Diciembre de 1931, NOVECIENTOS OCHENTA Y DOS MIL DESOCUPADOS; Enero de 1932, UN MILLON CINCUENTA Y UN MIL DESOCUPADOS. No tenemos los datos correspondientes a los últimos trimestres del año pasado ni a los comienzos de este año, pero, en los datos señalados puede asegurarse que la desocupación en Italia llega actualmente a los DOS MILLONES DE PARADOS.

Este es el balance del régimen fascista, tan elogiado por la burguesía internacional y por sus agentes reformistas (caso Jorge Volio). Once años después de estar dominando en Italia, el Gobierno de Mussolini no presenta sino un cuadro de millones de parados hambrientos, las cárceles atestadas de valientes revolucionarios, y en la deportación viviendo muchos otros y centenares de campeones de la causa obrera asesinados por la policía o por las bandas de asalto fascista.

HITLER, EL INCENDIARIO DEL REICHSTAG, ACUSADO DE SU CRIMEN POR UN COMITE INTERNACIONAL DE JURISTAS

Los camaradas Torgler, Dimitrov, Popof y Tanev, han sido juzgados y corren peligro de ser condenados a muerte por un crimen cometido por el propio gobierno fascista alemán

La prensa burguesa ha publicado en esta semana que termina una noticia enviada por la Prensa Asociada que queremos comentar. Se refiere esa noticia al dictamen pronunciado por un grupo de juristas europeos, de diversas filiaciones políticas, en el caso del incendio del Reichstag (edificio del parlamento alemán). Ese grupo de juristas eminentes, conocidos internacionalmente como peritos en cuestiones penales, afirma en su dictamen, con todo énfasis, que no son Popof, Torgler, Dimitrov y Tanev los incendiarios del Reichstag, sino Hitler y su primer lugarteniente, el asesino Goering.

Los antecedentes de estos hechos son conocidos por nuestros lectores. Vamos a refrescar su memoria sobre ellos.

El fascismo alemán, al instalarse en el poder, necesitaba buscar un justificativo para su persecución implacable del Partido Comunista. Entonces, Hitler y Goering resolvieron incendiar el edificio donde celebraba sus sesiones el Parlamento y achacar este crimen a los comunistas. En esta forma, ya tendrían base "legal" todos los excesos cometidos contra el Partido Comunista.

El Reichstag fué incendiado. Junto al edificio en llamas se encontró, en actitud sospechosa, a un holandés, el ex-comunista y para ese momento militante fascista, Van der Lubbe. Este individuo había sido enviado allí por la gente de Hitler, para que apareciera como el incendiario, como el ejecutor de una orden dimanada de los jefes del Partido Comunista.

Inmediatamente, la persecución contra el Partido Comunista se inició. No bastó que éste comprobara que Van der Lubbe no solo no era militante comunista, sino que había sido expulsado públicamente de las filas del Partido holandés. El aplastamiento del único partido que constituye un peligro para el régimen capitalista y para sus lacayos fascistas había sido decretado; y el decreto se comenzó a cumplir. Los clubs del partido fueron asaltados, la imprenta donde se editaba "Rotte Fanne" fué destruida, los más destacados jefes y militantes del partido y de los sindicatos revolucionarios fueron encarcelados y maltratados, centenares de militantes fueron asesinados en las calles por las bandas terroristas del fascismo. Como director del complot incendiario se acusó al camarada Torgler, jefe de la fracción comunista en el Parlamento Alemán; y éste, seguro de su inocencia, no tuvo inconveniente en presentarse ante los juzgados del crimen a defenderse. Sin escuchársele, se le encarceló. Días después de su prisión fueron encarcelados también los comunistas búlgaros Dimitrov, Popof y Tanev, quienes, emigrados de su país donde hace años reina el terror reaccionario más feroz, vivían en Berlín. A estos camaradas se acusaba también de directores "intelectuales" del complot.

No pasaron muchos días sin que se conociera, con todos los detalles del caso, la forma como se incendió el Reichstag. Barbusse, entre otros, los reveló en un sensacional artículo publicado en su revista "Monde". El plan de incendio había sido trazado cuidadosamente por Hitler y Goering. De la casa donde vivía éste, vecina al edificio que se quería incendiar, se abrió un túnel subterráneo hasta éste. Por ese túnel se trasladó suficiente cantidad de gasolina para que las llamas tuvieran eficaz alimento. Por ese mismo subterráneo se trasladaron al lugar donde iban a cometer sus fechorías los hitleristas de confianza a quienes se dió la comisión. Esta

fué ejecutada, trayendo como consecuencia la destrucción total del Reichstag y dándole al gobierno la justificación que necesitaba perseguir implacablemente a las organizaciones revolucionarias del proletariado.

Estas noticias exactas sobre quiénes eran los incendiarios, fueron conocidas al poco tiempo por toda Alemania. Sin embargo, Hitler no tuvo escrúpulos para afirmar en un discurso pronunciado el 23 de marzo siguiente que se "castigaría ejemplarmente a los incendiarios". La pena de muerte para los culpables del delito de incendio intencional fué restablecida y el aparato judicial del fascismo alemán comenzó a trabajar para asesinar "legalmente", apoyándose en esa disposición, a las camaradas Torgler, Popof, Dimitrov y Tanev. La sumaria, llevada con el mayor secreto, ha servido para justificar frecuentes detenciones de militantes y dirigentes del Partido, por presuntas complicaciones en el incendio.

¿Quiénes son los principales acusados por el fascismo alemán de un crimen que el mismo cometió? Torgler es uno de los jefes más prestigiosos del proletariado alemán. Diputado comunista, liderizaba dentro del parlamento la fracción del Partido.

Desde su posición parlamentaria, en la tribuna y el mitin, hizo intensa oposición al fascismo y llamó con insistencia a las masas a la revolución social. Jorge Dimitrov es uno de los jefes veteranos más eminentes del proletariado búlgaro, en cuyos cuadros milita lealmente desde hace más de cuarenta años. Toda su vida ha sido de fervorosa dedicación a la causa obrera. Después de la insurrección proletaria de 1922, de la cual fué uno de los dirigentes, tuvo que alejarse del país. Blagoi Popov es un joven empleado de comercio, también entusiasta militante en las filas obreras. Ha sufrido, en su país, una condena de doce años de presidio, por su lucha activa al lado del proletariado revolucionario. Vassil Tanev, zapatero, es un combatiente revolucionario salido de la masa, un hombre que desde la infancia ha dedicado su vida a la lucha proletaria.

Torgler, Dimitrov, Tanev y Popof son abnegados soldados de la causa de la revolución social; por eso, Hitler quiere asesinarlos. Solo la solidaridad del proletariado mundial con estas víctimas del terror fascista, y con los 30.000 militantes encarcelados o internados en los llamados campos de concentración, puede salvarlos de una muerte segura.

NOTAS BREVES

De El Salvador acaba de llegar el señor Próspero Calderón. Son de todo el país conocidos los despiantes martinistas de ese señor. En San José ha publicado artículos de prensa hasta fastidiar en defensa del régimen responsable del asesinato de 17.000 trabajadores. En concepto de Próspero Calderón, el mejor gobierno del mundo era el de ese carnicero de Maximiliano H. Martínez. Mas, de pronto, dando un viraje súbito, el señor Calderón ha regresado de su último viaje a tierra salvadoreña renegando de Martínez y de su régimen. Presumimos que el enceno se deba a que el gobernante asesino no fué liberal con la mano que se le extendía, mendigante, pediguena.

Rumor callejero: El finquero Roberto Zeledón, dueño y señor de extensos latifundios en San Ignacio de Acosta, iba a ocupar puesto destacado en la papelería gubernista de San José. Un contrincante político (Marín Quirós) se tomó el trabajo de recoger informes exactos del número de pequeños propietarios del cantón aludido que habían sido ejecutados judicialmente por Zeledón. Y en forma directa o indirecta, amenazó a éste con publicar dicha lista. El finquero del cuento resolvió mejor retirarse su candidatura. Como nos lo contamos, lo contamos.

Teodoro Picado ya no se "sacrifica" lanzando su candidatura por la provincia de Alajuela. Prefiere seguir "sirviéndole" al país, léase a León Cortés, desde la Cartera de Educación. El pobre Picado sí que ha perdido su tiempo. Tantos horas como se pasó tologueando borrachitos y montando toros en Alajuela, y ahora el ricardismo comete con él la ingratitude de darle el primer puesto en la papelería al doctor Marcial Rodríguez!

Un día de estos alcanzamos a ver por una calle de San José a Padilla Castro, jefe inpartibus del fascismo tico. Iba erguido, como un símbolo en carne y hueso de la autoridad. Ocupaba puesto al lado del chofer de una de las ambulancias de la policía. Y andaba nada menos que recogiendo chiquillos que no

asisten a la escuela, para obligarlos a ir a ella. La lógica de los del Patronato Nacional de la Infancia es ésta: aun cuando tengan que dedicar su tiempo a vender lotería o periódicos, aun cuando estén desarrapados y hambrientos, los niños proletarios deben asistir diariamente a la escuela. A falta de pan de maíz o de trigo, que tengan cuando menos el llamado "pan espiritual", que consiste en unas tediosas e interminables lecciones en las que un maestro les explicará por qué deben amar a la patria sobre todas las cosas, aun cuando esa patria para nada se interese por su hambre ni por su miseria.

Y a propósito de Patronato Nacional de la Infancia: en uno de los periódicos de estos últimos días hemos leído que unos comerciantes de Heredia se quejan de que, al mismo tiempo que el Patronato ha intervenido para que la policía les cierre lugares donde se juega ping-pong, no dice esta boca es mía en el caso de un semi-garito que tiene establecido un sobrino de Luis Felipe González.

En "La Hora" de uno de estos días se anuncia que varios estudiantes ticos van a organizar un grupo similar al ABC cubano. ¡Demonios! Tan calladitos como estaban y los brios que se tenían por dentro. Porque ha de saberse que si el ABC es actualmente un partido ya andando el camino de la componenda y del politiquero, fué en su etapa heroica una organización terrorista, que en sus métodos de lucha tenía tanto de los exaltados pistoleros de Barcelona como de los modernísimos "gangsters" de Chicago.

Nosotros somos enemigos del atentado individual. Le negamos eficacia revolucionaria al terrorismo epiléptico. Pero con toda seriedad aseguramos que nos sentiríamos más contentos de ver a los estudiantes ticos disparando tiros por las calles de San José, aun cuando fuera sobre nosotros, que como están actualmente: disparándole piropos inofensivos a las mujeres que desfilan por la Avenida Central e indiferentes a toda inquietud de orden político.